

LA RELIGIÓN ISLÁMICA

Arabia Preislámica:

La religión islámica está íntimamente ligada a la región geográfica y al país en que se originó. La península de Arabia, de clima tropical, árida e inhóspita en buena parte de su extensión, fue cuna del islamismo, una de las religiones más importantes del mundo actual. Lo fue, en su zona occidental contigua al Mar Rojo, situada al norte de la región montañosa del Yemen, más rica en aguas y asiento de culturas antiguas, en decadencia en la época en que vivió el profeta del Islam. La zona mencionada abarca el extremo noroeste de la península de Arabia y contaba con buenos oasis y ciudades muy activas gracias a su privilegiada situación entre Siria y los fabulosos mercados de la India. El ir y venir de los mercaderes, con el trasiego de mercancías, llevó a esta región, llamada Hedjaz, ideas de otros países y culturas que no dejaron de influir en los habitantes de los centros urbanos, antiguos beduinos vueltos sedentarios en su mayor parte, mientras las tribus de pastores nómadas se mostraban menos propicias a contactos e innovaciones.

Creencias de la Arabia preislámica:

Sus creencias en un polidemonismo, o pluralidad de espíritus protectores que residen en el agua, los bosques y las piedras, están enraizadas en el viejo panteón de los antiguos semitas. En especial, las piedras eran objeto de veneración. En la ciudad de La Meca existía desde muy antiguo un santuario que centraba las peregrinaciones de los beduinos. Este santuario, de planta rectangular, con un gran patio central a cielo abierto, había ido recogiendo, con el tiempo, los ídolos de muchas tribus y familias, convirtiéndose en el panteón preislámico por excelencia. De todos estos ídolos, el más importante era una piedra basáltica negra, tal vez un aerolito, que constituía el gran fetiche de los joraichitas, a la que algunos identifican con *Húbal*, la divinidad principal.

Prácticas rituales: Junto a los dioses protectores de las distintas tribus, se precisan tres divinidades femeninas, entre ellas *Uzzá*, asimilable a la Venus asiática, con un santuario propio en Nákhlah. Estas divinidades estaban supeditadas al "dios protector de la tribu" que recibía el nombre genérico de *Alláh* (dios). Pero no cabe pensar en un culto monoteístico anterior a Mahoma. Se conocían los sacrificios, en general de camellos, que tenían lugar en ciertas épocas del año en los santuarios tribales. Los fieles se reunían en ellos, se rapaban la cabeza en señal de penitencia y participaban en la comida ritual, comiendo de la carne del animal inmolado. Las procesiones y las vueltas en torno del santuario, con cánticos y aclamaciones, constituían el suplemento de estas ceremonias primitivas. No existía clase sacerdotal, aunque sí guardianes en los santuarios, y arúspices (sacerdotes de la antigua Roma que examinaba las entrañas de las víctimas para hacer presagios: Lat. *haruspex*) y adivinos que predecían el porvenir.

El papel de la mujer musulmana en la economía

La economía en el Islam interesa a la mujer como musulmana, como productora y como consumidora. Por lo que respecta al primer punto, es obvio que las mujeres "son semejantes a los hombres", ya que la vida religiosa y su destino dependen de las acciones de los musulmanes y de las musulmanas por igual. En lo que concierne a la economía, la mujer produce al igual que el hombre. Quisiera advertir que por producción no debe considerarse únicamente aquello que se refiere a la renta monetaria familiar. El trabajo del hogar es asimismo producción en el sentido de que, en el caso de que el marido contrate una criada para la cocina y la limpieza de la casa, ésta recibe una compensación monetaria conforme a las horas empleadas en dicha labor. Por lo que surge la cuestión de cuáles serían los límites materiales y morales que deberían establecerse para que la mujer musulmana pudiese cumplir con sus responsabilidades en una familia sana y feliz, en una sociedad armónica donde se respete el honor y esté basada en un orden económico transparente y justo.

La participación de la mujer musulmana en la educación del niño y su influencia sobre el gusto y el sentimiento de los adultos, conforma y modela el entorno más valioso de la civilización, garantizando a la comunidad la conservación de sus valores y su prosperidad. La dimensión de su función social aumenta en profundidad conforme se eleva el nivel cultural de la mujer. Asimismo, una situación tecnológica y civilizada en general le permite ampliar sus horizontes culturales, haciendo de ella pilar esencial, unas veces en el hogar y otras en los llamados sectores de producción.

En la mayoría de los sistemas sociales –antiguos, modernos o contemporáneos– existen conceptos problemáticos e inquietantes, dado que se prestan a variadas interpretaciones y a diferentes puntos de vista que a menudo resultan contradictorios. Estos inquietantes conceptos acaban aflorando casi siempre con el paso del tiempo, renovando la realidad cultural. Actúan objetivamente en un sentido clarificador, conduciendo al sistema hacia una situación más estable, donde es posible aprehenderlos con claridad y armonía.

Los musulmanes y la persona de Jesucristo

Entre las creencias que tienen los cristianos y los musulmanes en común acerca de Cristo figuran algunos de los asuntos más esenciales acerca de éste. Los musulmanes creen, a sorpresa de muchos, en el nacimiento virginal de Jesucristo; reconocen que no fue engendrado por padre terrenal. Aunque María no es considerada divina ni por el islam ni por el cristianismo, Mahoma mismo mostró gran respeto tanto por Jesucristo como también por su madre. Y estas actitudes también se reflejan en las páginas del Corán. Un dicho acerca de la provisión de Dios que el Corán atribuye a ella es el versículo que usualmente se halla escrito en los nichos para la oración cuando éstos contienen decoración caligráfica.

Los musulmanes también reconocen que Jesús era hacedor de milagros. Entre sus hechos milagrosos que se mencionan en el Corán están el sanar a leprosos, el levantar muertos y el proveer comida milagrosamente. Si uno toma estos milagros como representativos de los muchos hechos milagrosos de Jesús, concuerdan a grandes rasgos con lo que los cristianos creen acerca de él relativo a este asunto por el testimonio de los evangelios y otras partes de la Biblia.

También hay acuerdo entre los musulmanes y los cristianos de que Jesús debe denominarse «Mesías», aunque no están en perfecto acuerdo sobre qué sentido exacto tiene este título. Sin embargo, los dos grupos reconocen que Jesús es el *Ungido de Dios* que es lo que quiere decir «Mesías» o «Cristo». En varios de los escritos de las tradiciones que son santas al islam, la calidad de «Mesías» que lleva Jesús está puesta en contraste con la del falso Mesías o anticristo que tanto el islam como el cristianismo profetiza que aparecerá en la escena mundial en el tiempo del fin. Según estas tradiciones del islam, el falso Mesías llamado en el árabe *al-Masih ad-dajjal* vendrá con falsedad y gran engaño, y desviará a muchos del camino de la verdad. Pero su carrera será acortada con la segunda venida de Cristo y con la victoria de éste sobre aquél.

Aquí surge otro asunto en que los cristianos y los musulmanes concuerdan. Los dos grupos reconocen que Jesucristo vendrá otra vez. Reconocen también que luego de la segunda venida de Cristo habrá el gran día del juicio. Pero difieren sobre qué será el papel de Cristo en el gran día final. Según el islam, Cristo, en su segunda venida, traerá a su fin la era adámica (es decir, que tiene que ver con el primer hombre, Adán) e inaugurará una era nueva. Los cristianos más bien entienden que Cristo ya dio fin a la era adámica para todos los que creen y que en el gran día del juicio Cristo mismo juzgará a vivos y muertos. Estos diferentes puntos de vista constituyen una muy significativa discrepancia sobre cómo los musulmanes en contraposición a los cristianos ven la persona de Jesucristo; y tiene que ver, esencialmente, con la cuestión de si él murió o no.

Para los cristianos que no han hablado con personas musulmanas acerca de este asunto les puede sorprender que éstos negaran que Cristo murió. Pero puesto que los islámicos reconocen a Jesús como un profeta del rango más alto, les parece inconcebible que éste muriera una muerte tan ignominiosa como la de una crucifixión. Esta actitud es más bien una creencia comúnmente aceptada que un dogma del islam. Sin embargo, algunos hallan apoyo para ella en algo que dice el Corán: «Y el dicho de ellos Nosotros matamos el

Mesías, Jesús, hijo de María . . . ; conque no lo mataron ni lo crucificaron, sino que se hizo parecer a ellos como un crucificado . . . » (Corán 4:158). Sobre cómo Cristo hubiese escapado la crucifixión, no hay acuerdo común entre los musulmanes. Algunos dicen que la crucifixión sólo fue una ilusión, otros, que otra persona algunos opinan que fue Simón de Cirene otros dicen Judas Iscariote fue hecho parecer a Cristo y murió en su lugar. Otros mantienen que no murió, sino sólo aparentó morir.

Por causa de que creen que Jesucristo murió, los cristianos ven el gran día del juicio desde otro punto de vista que los musulmanes. La posición cristiana de que Cristo juzgará a vivos y muertos en el gran día del juicio es estrechamente relacionado con el hecho de su muerte y su resurrección. La Biblia lo relaciona de la siguiente manera: «[S]ea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Romanos 14:8, 9). A base de este señorío Cristo es designado juez de vivos y de muertos como dice la Biblia:

A quien [hablando de Cristo] mataron colgándole en un madero. A este levantó Dios al tercer día, e hizo que apareciera, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él, después que resucitó de los muertos. Y nos mandó que predicáramos al pueblo, y testificáramos que **él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos** (Hechos 10:39-42; énfasis añadido).

El cuestionar el hecho de la muerte de Jesucristo sencillamente nunca se le ocurre a la mayoría de los creyentes cristianos. Es difícil figurar por qué la muerte por crucifixión del fundador del cristianismo hubiese sido inventada si no fuera una realidad.

Pero aun aparte de esto, tanto el relato bíblico como la historia secular refieren que Jesucristo fue ejecutado bajo Poncio Pilato (Mateo 27:2; Marcos 15:1; Lucas 23:11; Cornelio Tácito, *Anales de la Roma imperial*, XV:44), y este hecho coloca su ejecución bajo la autoridad y disciplina romana. Bajo esta disciplina, si a un grupo de soldados se les entregó un prisionero, y éste logró escaparse, los que tenían cargo de él cumplían la pena en su lugar. Esto resultaba que los soldados romanos guardasen sus prisioneros celosamente. Y podemos ver, en el caso de Jesús, que para asegurar que él estaba muerto y que no escapara vivo, uno de los soldados del cuaternion encargado de su crucifixión, con una lanza, abrió el costado de Jesús. El Evangelio de Juan relata que de la herida resultante salió agua y sangre (Juan 19:31-35).

Este relato de Juan se presenta como el de un testigo ocular (Juan 19:35), y la Biblia indica que no sólo Juan y los soldados romanos, sino un sinnúmero de otras personas también fueron testigos de la ejecución de Cristo. Su crucifixión tomó lugar en un cruce de caminos tan cosmopolita que el rótulo de acusación puesto sobre su cabeza tuvo que escribirse en los tres idiomas el hebreo, el griego y el latín (Lucas 23:38; Juan 19:20). Tanto Mateo como Marcos mencionan al gentío que pasaban por el lugar quienes, no queriendo un Mesías crucificado, le echaban insultos e injurias (Mateo 27:39-40; Marcos 15:29-30). Los altos sacerdotes de los judíos también estaban enterados de su ejecución, y se comentaban entre sí y con los escribas y ancianos diciendo, «A otros salvó; sálvese a sí mismo» (Mateo 27:41-42; Marcos 15:31-32; Lucas 23:35).

Después de la resurrección de Cristo, el Apóstol Pedro, en un mensaje a los moradores de Jerusalén, les declaró, «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2:36). Este argumento parece haberles sido convincente porque «al oír esto se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles, Hermanos, ¿qué haremos?» (Hechos 2:37).

Otra de los que presenciaron la crucifixión aquel día fue María la madre de Jesús. Su amor por su hijo le tuvo cerca aquel día junto a un discípulo amado de Jesús. La Biblia relata que «cuando vio Jesús a su madre y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre» (Juan 19:26-27). ¡Será que una madre mirando el rostro de su hijo mientras decía tales palabras no se daría cuenta si no fuera verdaderamente su hijo!

Lo que habría de sorprenderles a muchos musulmanes acerca del cristianismo es que no hay modo de entender el cristianismo aparte de la muerte de Jesucristo en la cruz. Como el islam depende de que sus adeptos se sometan a las enseñanzas recibidas, piensan que el Cristianismo sería de la misma índole. Pero la obediencia del cristiano es obediencia a la verdad del Evangelio, como dice el apóstol Pablo en su carta a los gálatas: «¡Gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente crucificado?» (Gálatas 3:1). Todo, para el cristiano, depende de lo que Dios ha hecho a través de la muerte y resurrección de Cristo. Pues es por medio de su muerte que Cristo se identificó con una humanidad bajo la condenación de muerte por el pecado; y es por medio de su resurrección que justifica en nueva vida a los que son unidos a él por fe.

Esta nueva vida depende absolutamente del poder de Dios mostrado en la resurrección de Cristo de entre los muertos, y es este poder únicamente que puede producir la vida aceptable a Dios. Como lo dice la Biblia,

Porque somos sepultados juntamente con [Cristo] para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. . . (Romanos 6:4-6).

La obediencia, entonces, para el creyente en Jesucristo, viene a ser una obediencia que es de corazón y que proviene de un corazón cambiado por el poder de Dios, como lo profetizaba Jeremías:

Vienen días, dice Jehová, en los cuales haré un **nuevo pacto** con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Jeremías 31:31-33; énfasis añadido).

Para el creyente en Cristo, es la muerte de éste que ha hecho posible su entrada al amparo del Nuevo Pacto. Aunque Dios sea muy misericordioso, por también ser justo no cabe que acepte la persona del pecador. A la luz de esto es únicamente la muerte expiatoria de Jesucristo que ha hecho posible que Dios «sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3:26). Esto es, quienes acepten y crean que por ellos murió. Porque la deuda de pecado del creyente no queda sin pagarse, sino Jesucristo la ha tomado sobre sí, muriendo bajo su peso en la cruz como el perfecto sacrificio el justo por los injustos. Esta interpretación del sentido de la muerte de Cristo remonta a él mismo y es perpetuada en la iglesia en la Cena del Señor como dice en la Biblia:

Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí». Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga (1 Corintios 11:25-26).

Algunos quisieran sean sus razones cuales fueran que el cristianismo fuere basado en otros principios. Unos dirían, «¡Un cristianismo basado en obras!»; otros dirían, «¡Un cristianismo basado en ritos religiosos!»; otros todavía «¡Un cristianismo basado en autoridad eclesiástica!» Pero ninguna de estas cosas, por importantes que fueran en su esfera apropiada, puede servir de base para el cristianismo. Porque el cristianismo tiene una sola base que es la fe en la muerte y resurrección de Jesucristo. No hay otro evangelio, y la Biblia lo recalca en los términos más enérgicos:

No que haya otro [evangelio] sino que hay algunos que os perturban y quieren alterar el evangelio de Cristo. Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema (Gálatas 1:7-9).

Si la Biblia misma nos ha cerrado el paso hacia el considerar un cristianismo sin la muerte de Cristo, entonces, la validez del cristianismo frente al islam depende de este hecho: si Jesucristo murió o no. Ya hemos considerado algunas de las razones que los cristianos tienen por creer que Jesús murió en la cruz. Otra que convendría considerar se encuentra en algo que Jesús mismo dijo cuando relataba a sus discípulos cómo iba a ser el juicio cuando venga él a reinar: «Respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mateo 25:40).

El contexto de esta cita muestra que cómo hemos tratado a los que pertenecen a Cristo será tomado por cómo le trataríamos a él si hubiese estado presente. Él se identifica con los suyos de tal modo que lo que a ellos se hace a él se hace. Si son privados de alimentos, tienen hambre como él tenía hambre. Si, con injusticia, son maltratados, sufren como él sufría el maltrato de la injusticia. Si son maltratados y perseguidos hasta la muerte, mueren como él murió.

Si Cristo murió, seguramente no es con el propósito de que los culpables sean condenados; sino para que todos aquellos que creen que murió por los pecados de ellos reciban perdón y sean justificados en nueva vida por el poder de su resurrección. Pero creamos o no que él, en verdad, murió, la verdad se sabrá en el día del juicio. Todos los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, y los que yacen en el fondo del mar serán traídos para dar su testimonio. Los que pasaron frente a la cruz aquel día, también Poncio Pilato y los líderes religiosos que tramaron su muerte. Si su muerte es un hecho histórico, como la Biblia dice, él vendrá a juzgar a vivos y muertos; será juez de todos estos y de nosotros también. A los suyos recibirá en este día en el amor de Dios; los que lo han rechazado tendrán su parte con aquellos que le crucificaron.